

La ciencia económica sigue siendo economía política

DAVID IBARRA MUÑOZ*

El tema medular de este Congreso, "Recursos Humanos, Empleo y Desarrollo", ocupa, sin duda, el centro de las preocupaciones de todos los países, muy especialmente de aquellos que manifiestan atrasos comparativos.

Quiero pensar que esa elección refleja la voluntad de la comunidad internacional de economistas por hacer luz en la explicación y el tratamiento de muchos desconcertantes fenómenos económicos modernos, por renovar una ciencia que la marcha reciente de la historia tiende a rebasar.

Algunos consideran que muchas de las construcciones teóricas pierden vigencia, sea porque los supuestos analíticos de que parten se alejan persistentemente de las nuevas realidades, sea, como aseguran otros, porque no captan interacciones, ahora dominantes, de los agentes económicos o porque omiten la consideración de fuerzas antes desconocidas en las relaciones internacionales.

SE VIVE EN MEDIO DE PARADOJAS

En todo caso, se vive en medio de paradojas. Los estados modernos difícilmente podrían eludir la responsabilidad política de procurar ocupación plena a todos sus ciudadanos. Cuando más, se admite, por razones de coyuntura, posponer su cumplimiento.

Lo que constituía un objetivo remoto a principios de siglo, se convierte en expectativa asequible conforme al credo de la revolución keynesiana de los años treinta y es, hoy, derecho incorporado, formal o informalmente, en la vida política y jurídica de muchas naciones.

* Palabras pronunciadas por el secretario de Hacienda y Crédito Público en representación del presidente de la república, José López Portillo, en la sesión plenaria de inauguración del Sexto Congreso Mundial de Economistas.

Pero frente a esa evolución de los valores socialmente admitidos, hay otras tendencias que los niegan en los hechos cotidianos. Acaso el más dramático resulte el desorden que priva en la economía internacional, pese a que de la cooperación y coordinación de políticas depende, más que nunca, el bienestar de todos.

LA INTERDEPENDENCIA DE OCCIDENTE

Las crisis petrolera, alimentaria y monetaria de esta década, han puesto de relieve, con enorme nitidez, el insospechado nivel de interdependencia económica del mundo occidental. Los factores subyacentes son bien conocidos. Baste señalar algunos: la declinación del poder dominante de Estados Unidos, el surgimiento de nuevos y pujantes centros industriales; los avances tecnológicos para integrar mercados y comunicaciones; el desarrollo de las grandes corporaciones transnacionales, así como la organización de países en mercados comunes y cárteles de productores.

La interdependencia limita el alcance, la autonomía real de las estrategias nacionales, pero también abre oportunidad a muchas naciones de promover intereses propios, por más que éstos resulten lesivos a otros pueblos. El *dumping*, las devaluaciones competitivas, la guerra de tasas de interés, la exportación de desempleo, el resurgimiento de prácticas proteccionistas, en una palabra, la falta de liderazgo y armonización básica entre las políticas nacionales, parecen todavía dominar el escenario mundial, en el corto y mediano plazos.

A más largo término, se confirman tendencias a que los países industrializados se tornen crecientemente proteccionistas, sean librecambistas las economías de desarrollo industrial intermedio, y se debatan en el peor de los mundos las de menor desarrollo relativo.

HACIA UN NUEVO ORDEN

Mucho queda por hacer antes de crear un nuevo orden económico y aún por cumplir el objetivo más modesto, el objetivo particular de reconstruir el sistema monetario internacional. Entre tanto, los efectos exógenos de ese origen cancelan, revierten los esfuerzos de muchos países en favor del empleo y del mejoramiento de los niveles de vida de sus habitantes.

Piénsese en los magros márgenes de maniobra de economías en desarrollo, que han de encarar, simultáneamente, la declinación absoluta o relativa de sus exportaciones; mayores obstáculos en el acceso a los mercados mundiales; flujos financieros públicos y privados estrechos; carestía de energéticos e importaciones esenciales y empequeñecimiento de los esquemas de ayuda bilateral o multilateral.

No parece exagerado, entonces, afirmar que el primer requisito para satisfacer las metas del empleo, aun tomando el caso especial de los grandes centros industriales, reside en la posibilidad de establecer sistemas ordenados de cooperación económica internacional, donde haya oportunidades equitativas para todos y una distribución también compartida de costos y sacrificios. Sin pensar en planes grandiosos, hay aquí un campo fértil para renovar los planteamientos económicos.

UNA CONTRADICCION DE FONDO

El otro dilema, del que no se acierta a salir, es el conflicto que separa, de un lado, objetivos de empleo y desarrollo, y de otro, estabilidad de precios y equilibrio de pagos. La contradicción, lejos de resolverse en el fondo, viene originando los recientes fenómenos de estancamiento con inflación, de avance y retroceso, repetitivos. La consecuencia es clara: a larga, no sólo el impulso económico resulta más débil, también se gesta un desperdicio sistemático de los recursos humanos.

Parece innegable que desde el inicio de la posguerra, y sobre todo desde la década pasada, se ha aceptado un sesgo más y más inflacionario, que lejos de ser atribuible a simples fenómenos de demanda, está asentado en profundas raíces institucionales y en la mecánica operativa, consagrada por las economías occidentales.

En tal sentido militan los procesos de negociación colectiva; la oligopolización de la producción; las cláusulas de escalación en los contratos; la práctica de fijar los precios en función de los costos medios de largo plazo; el ajuste de los salarios y los pagos de seguridad social frente a las fluctuaciones en los precios; la formación de grupos que aprenden a beneficiarse de la inflación; la compatibilización contemporizadora, de corto plazo, entre objetivos contradictorios, desde luego las mayores responsabilidades del gasto público, en materia económica y social.

De ahí que los paradigmas teóricos, gestados fundamentalmente en la depresión de los años treinta, resulten insuficientes o inadecuados para explicar y ofrecer soluciones a problemas de índole sustancialmente distinta. Las políticas monetarias, lo mismo que la adopción del sistema de tasas

flexibles de cambios, por el Fondo Monetario Internacional, parecen esencialmente acomodaticias a la absorción de efectos externos o de oferta, tanto como para amortiguar cambios demasiado abruptos en la distribución del ingreso.

INFLEXIBILIDAD DE PRECIOS Y SALARIOS

Como resultado, se aprecia una inflexibilidad creciente de los precios y salarios durante las fases de receso económico, que centra la mecánica del ajuste en la baja del empleo y de la producción. De ahí la inoperancia de las políticas tradicionales, fiscales o monetarias.

El proceso de ajuste ha cambiado de naturaleza. La tendencia de la tasa inflacionaria obliga periódicamente a los gobiernos, ante el riesgo de caer en una espiral incontrolable, a tomar medidas restrictivas que no atacan el fondo del problema, pero dan origen al ciclo de paradas y arranques, típico de nuestros días.

En teoría cabe discutir si hay o no ilusión monetaria, si a largo plazo los agentes económicos distinguen, apropiadamente, entre cambios en la estructura de los precios relativos y los movimientos en el nivel general de precios, esto es, si la inflación tiene o no efectos sobre el empleo, si la curva de Phillips es o no vertical. En los hechos, repito, el manejo político del desbordamiento de los fenómenos inflacionarios tiene un costo, que se expresa en menor ocupación media, en menor tasa de desarrollo.

CONFUSION CONCEPTUAL

La confusión conceptual es grande. Algunos países industrializados intentan curas monetarias radicales, que parecen ignorar los hechos señalados, tanto como la presencia de factores internacionales de elevación en los precios de las mercancías importadas y otros elementos de inflación de costos. La situación es todavía más patética en el caso de varias economías en desarrollo, donde se trata de implantar, *manu militari*, volviendo el reloj atrás, una especie de liberalismo económico manchesteriano que no existió nunca, ni en la misma Albión.

Desde luego, los costos sociales de tales experimentos son altos, a veces casi insoportables en los países que los practican y que los proclaman impulsados más por razones ideológicas que por claridad en las ideas económicas. Aún así, las cosas serían aceptables. Después de todo, gobiernos soberanos tienen derecho a equivocarse. Lo que empieza a ser cuestionable son las consecuencias que afectan a terceros; sea porque se nos induzca a seguir modelos anacrónicos, sea porque, en vez de convergencia, cada día se acentúan las diferencias en tratamientos de fenómenos análogos, con pérdida grande en la posibilidad de llegar a un mínimo de armonización de políticas, sobre todo entre los centros industrializados.

PROBLEMAS COMPLEJOS

Dicho casi con inhibición, ante esta audiencia de connotados especialistas: ¿no convendría abandonar la lucha por encontrar soluciones simples, casi simplistas, a problemas complejos? ¿No sería mejor centrar los esfuerzos en

construir una teoría más elaborada, aunque menos elegante, que incorpore las fuerzas sociales y factores institucionales que más influyen en los procesos económicos del presente, incluyendo el propio aprendizaje de los agentes económicos, que hoy hacen obsoletas muchas de las políticas anticíclicas, sustentadas en comportamientos que ya no se observan? ¿No cabría aceptar la vieja noción de que el cuerpo social y sus partes son entidades mutantes?

Hay un tercer aspecto contrario al empleo, contrario a la redistribución del ingreso, que las recomendaciones de política económica más en boga llevan implícito.

Es frecuente oír el aserto de que hay un umbral, más allá del cual todo intento de aumentar el empleo se transforma en inflación desaforada. Y por tanto debe aceptarse, por razones de fe, que las economías desarrolladas, ineludiblemente, registren grados de desocupación, llamada "natural", del 5 o 6 por ciento, aun en la fase superior del ciclo económico. La pobreza del argumento acaso explique la perdurabilidad de la tesis marxista sobre el ejército industrial de reserva.

En cuanto a los países en desarrollo, el análisis dominante no es mejor. Reiteradamente se nos induce a pensar que el objetivo básico debe ser llevar al máximo el crecimiento del producto, porque eso, dado suficiente tiempo, llevará automáticamente a elevar el empleo, y todavía a más largo plazo, a mejorar la distribución del ingreso. Como en la Edad Media, el disfrute de los pueblos se transfiere al futuro, a la otra vida. Sólo se pasa por alto que la legitimidad política de los gobiernos se finca en lo que se haga por un electorado mayoritario, aquí y ahora.

Y claro está, por más que se busque en un mundo neoclásico de dos factores contradicción alguna entre incrementos de producción y empleo no se encontrarán más que armonías.

REALIDADES TERCAS

Las realidades son, sin embargo, tercas. Hay múltiples experiencias, México ha sido una de ellas, donde tasas sostenidas y considerablemente elevadas de crecimiento económico, no bastan para absorber el crecimiento de la fuerza de trabajo, mucho menos para erradicar el empleo o el subempleo. En consecuencia, los avances en materia redistributiva son limitados, por continuar marginada una población cuantitativamente numerosa, fuera de todos los esquemas de protección al trabajo.

En mi opinión hay dos factores, probablemente haya otros, que convendrá incorporar, explícitamente, en los análisis de países industrializados y en desarrollo. Por una parte, está la propensión institucional a usar técnicas de mayor densidad de capital de lo que sería necesario, a fin de reducir al mínimo la probabilidad de ocurrencia de conflictos laborales, propensión tanto más acusada cuanto mayor combatividad e influencia tengan las organizaciones sindicales.

De otro lado, está la inercia de las políticas económicas que tienden a mover los precios relativos de los factores

abaratando el capital y encareciendo, en forma artificial, la mano de obra. Atrás de ello está, naturalmente, la tesis convencional de que hay una relación unívoca y positiva entre inversión, crecimiento y empleo. Por ejemplo, los estímulos tributarios favorecen, con exclusividad notoria, la adopción de técnicas de alta densidad de capital. En contraste, casi no hay referencias en la literatura sobre el manejo de las políticas macroeconómicas, acerca del otorgamiento de incentivos fiscales directos a la creación de empleos. Una excepción la constituye el artículo escrito por el profesor Kaldor, en 1936.

LA OCUPACION PLENA

Aceptada la ocupación plena como objetivo primario de la tarea gubernamental y probada la presencia de un alto grado de sustitución cruzada entre el capital y la mano de obra, todo justifica examinar, explícitamente, los efectos de las tecnologías a elegir sobre el empleo, la distribución del ingreso y la dinámica del comportamiento de la demanda. Acaso por esa vía pueda encontrarse uno de los eslabones que unan las políticas de corto plazo, con las estrategias de desarrollo.

Casi es ocioso señalar la importancia crucial que tendrían esos enfoques en los países en desarrollo, donde, además, hay que vencer la terrible deformación que impone la absorción de técnicas surgidas en medios con una dotación muy distinta de recursos.

Por último, sería sano reconocer la subvaluación social de los recursos humanos. El talento nunca ha sido una mercancía que merezca la consideración continuada del mercado. Aún está distante el día en que pueda aprovecharse, ya no a plenitud, apenas en mayor grado, el enorme potencial del capital humano a nuestra disposición.

Ello no constituye utopía. En todos los movimientos ascendentes de las sociedades modernas, donde ha habido verdadero liderazgo, lo mismo en Inglaterra que en Japón o en los países socialistas, hay un denominador común: la liberación de las capacidades de trabajo en movilizaciones masivas. Si esas experiencias fuesen aprovechables y si a ello sumásemos otra liberación, la de las capacidades creativas del trabajo, también tradicionalmente condicionadas, reprimidas, seguramente rebasaríamos los callejones sin salida que nos presentan, por ahora, el subdesarrollo o el desempleo.

Señores congresistas:

He manifestado a ustedes algunas reflexiones, necesariamente incompletas, sobre los temas de este Congreso, con el espíritu de transmitirles preocupaciones que se plantean, día a día, en la administración de los asuntos públicos de mi país y, espero, en la de muchas otras naciones.

No vivimos un mundo de milagros. Con todo, estoy cierto de que los resultados de sus deliberaciones significarán un paso más para reconstituir el sentido social, humanista, de la ciencia económica, cuya mejor denominación sigue siendo la de economía política. □